

ENTREVISTA



ALEJANDRO ZAMBRA

Narra los traumas de la era Pinochet

El autor de "Bonsái" mira su sociedad con los ojos de un niño de nueve años en "Formas de volver a casa" (Anagrama).

texto MICHELLE ROCHE RODRÍGUEZ foto ALEXANDRA EDWARDS

La tristeza y las heridas del pasado autoritario chileno reaparecen en *Formas de volver a casa*, esta vez descritas desde la perspectiva de un niño que no llega a la década de vida. La tercera novela de Alejandro Zambra (1975) muestra la sociedad de mediados de los años 1980 y vuelve sobre los traumas de la generación del escritor, que creció bajo la sombra de la dictadura de Augusto Pinochet.

Su disciplina en la escritura le permite pasearse por distintos géneros. Comenzó su carrera con los poemarios *Bahía útil* y *Mudanza*, y en 2006 incursionó en la narrativa con *Bonsái*. El año pasado publicó la antología de ensayos críticos *No leer* y,

como aún no acaba de entrar en lo que llama "sintonía novelesca", afina los últimos detalles de su colección de cuentos, *Berta Bovary*.

La soledad y la búsqueda

De sus novelas ha dicho que describen el estado de ánimo de la generación de los años 1990 en Chile. ¿Escribe desde la melancolía?

No sabía que quería escribir sobre eso, lo fui descubriendo trabajando. Y sí, tiene que ver con la melancolía y con cierta tristeza y frustración.

¿Y con la vacuidad?

Y la derrota que había entre cierta gente de mi edad. Éramos contradictorios.

Es que su generación creció en dictadura.

Y cuando teníamos 15 años volvió la democracia y se vendió el rollo de que Chile era un país excelente y con una economía sólida, donde había que ser feliz porque ya se había acabado todo lo malo; que las heridas habían cicatrizado de la noche a la mañana y que no había nada que hurgar. Ese discurso me sonaba falso. La realidad demostró, por lo demás, que era falso. Los 1990 fueron años de permanente sutura, de intentos medio desesperados de curación. De melancolía.

Y hoy, ¿cicatizaron las heridas?

No. Chile es un país dividido, pero ya no entre pinochetistas y no pinochetistas, sino entre quienes se aferran a un optimismo vacío y a un libre mercado aplastante y quienes intentan buscar algo más. Esas heridas, las de la dictadura, nunca van a curarse. Pero hay quienes desean olvidar desesperadamente el pasado.

La imagen del bonsái que se pierde, seca o desaparece es constante en su obra; ¿representa también cierto extravío político?

El bonsái está asociado con una búsqueda ambivalente, en la que hay dosis de ingenuidad y, por otra parte, una consciencia enorme de las mediaciones. El discurso oficial insistía en que estuviéramos seguros de que ya no había nada que buscar.

¿Y la literatura encontraba?

En la literatura había un cierto culto al mundo literario y en la Universidad, un monólogo de la inteligencia. Éramos todos muy inteligentes, todos entendíamos todo: que no hay Dios, que todos los conceptos pueden ser puestos en duda, que la realidad era compleja pero que no había uno sino varios centros. Pero llegabas a tu cuarto y estabas solo y no podías dejar de buscar. Sabías que no había una esencia pero igual la buscabas.

¿Bolaño es un peso para su literatura?

No siento ningún peso, ni de él ni de ningún otro. Bolaño es una especie de hermano mayor que regresa de viaje. Empieza a contar sus aventuras y tú las oyes, embobado.

¿Por qué se ha vuelto tan importante para la crítica, en especial la anglosajona?

Porque sus libros son indomables, pues no se agotan en una lectura superficial. Son difíciles de reducir a un eslogan, a un concepto o a una escuela teórica. ■



Formas de volver a casa
Alejandro Zambra
Anagrama, 168 págs. 15 €.